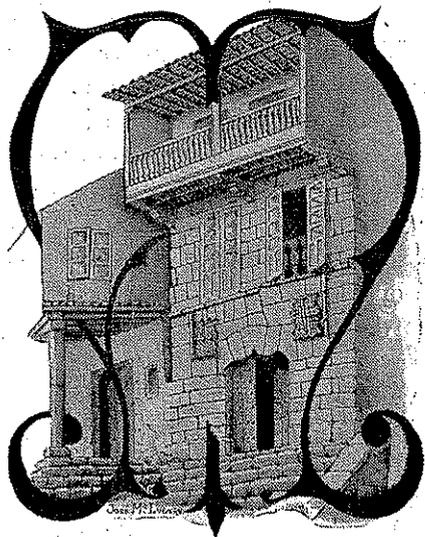


BETANZOS



IRÁNDOSE en el espejo límpido y sereno de su ría, sobre el encanto brujo de un paisaje de ensueño, ceñida por los caudales cristalinos del Mandeo y el Mendo, que como brazos amorosos la estrechan, Betanzos, la hidalga, se encarama monte arriba, dispersando el rebaño de sus hogares, y sobre ellos, culminante como un airón, se yergue el templo parroquial, taladrando el cielo con los agudos chapiteles de sus torres, en ansia suprema de la conquista del infinito. Llegó en la tierra a la superación de toda belleza, y parece querer escaparse de nuestras manos, de nuestra acción tangible, para entrar

de lleno en el reino maravilloso de lo Ideal.

Pocas ciudades españolas pueden presentar un conjunto tan espléndido como este rincón privilegiado, donde Naturaleza y Arte, en noble palenque, se disputan la palma de la victoria. Si la exuberancia ubérrima y eglogal de la ribera nos aprisiona entre las mallas de su red de encanto, y nos impele a soñar entre el misterio de sus frondas, la urbe, en cambio, nos abre las puertas centenarias de sus cercas para hacernos sentir las remembranzas de otros siglos, que aun parecen perdurar entre las columnas de los acogedores soporales y en el silencio plácido y evocador de las pinas rúas. Las casas blasonadas nos miran pasar con orgullo señorial, hablándonos de la alcurnia de sus extintos dueños, y, en sus bizarros imafrentes graníticos, llevan escrita la evolución de la ciudad: las hay con arcos agudos, anchos y robustos, que dieron paso a los empenachados caballeros trecentistas; otras se engalanan con arcos conopiales, que vieron desfilar las damas quintañonas y los galanes de los tiempos de don Juan II y de la reina Isabel; éstas se quiebran en curvas reverentes mostrándonos sus genuflexiones dieciochescas y sus ejecutorias rococós, y aquéllas, más nuevas, hacen ostentación de viejas presumidas, con su serenidad neoclásica de los tiempos napoleónicos, y todas nos sirven de guías permanentes y seguros para facilitarnos la auscultación del glorioso pasado.

Pero, sobre todo, es Betanzos el clásico rincón del arte ojival en el territorio galaico. Es el siglo de mil trescientos el que marca en él su poderosa

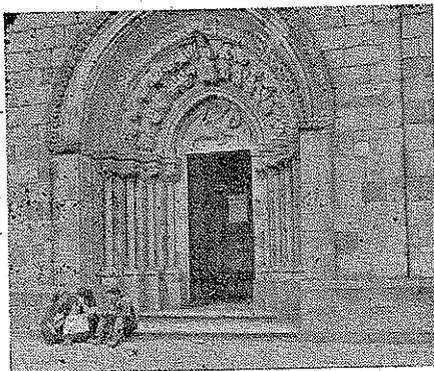
huella con caracteres indelebles, esculpiendo el granito en tres inmarcesibles poemas de arte y de fe que llevan los nombres de San Francisco, Santa María del Azogue y Santiago, debidos todos a la munificencia de aquel gran varón, Fernan Pérez de Andrade o Bóo, que alzó a sus expensas siete iglesias, siete hospitales y siete puentes, y los signó con la empresa heráldica de su fiero jabalí...

Ya nos habla Betanzos de los tiempos góticos al recibirnos en la antimonía de su viejo «Puente Nuevo», cuyas ojivas sirven de marcos al pintoresco, único y delicioso barrio pesquero del Peirao, con sus casitas, de grandes porches barrocos, y al típico rincón de la Galera, con sus hórreos de supervivencias medioevales, que forman una interesante muestra palafítica, sin rival en Europa...

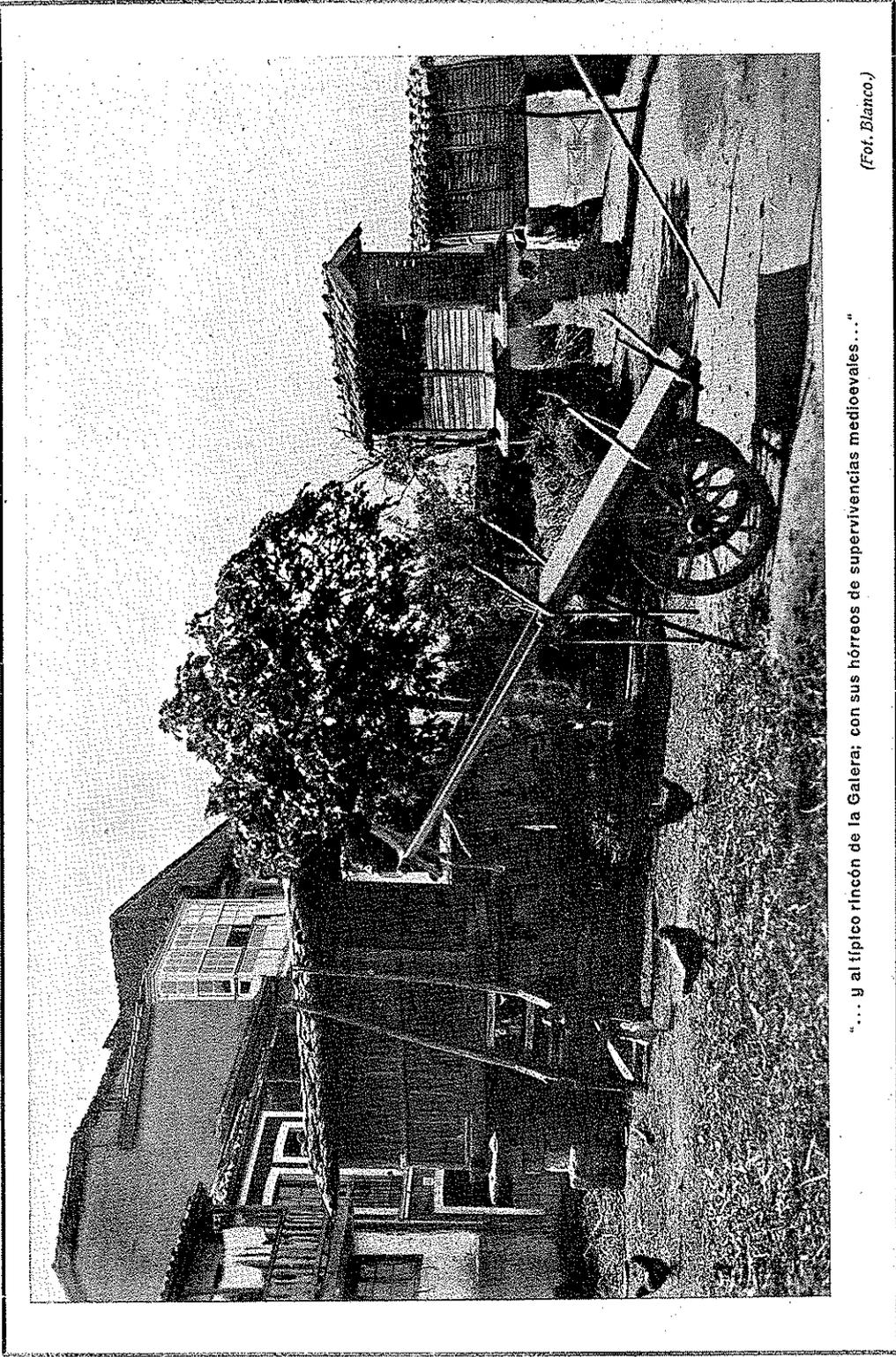
Mas no tan sólo lo monumental os recordará en Betanzos el tiempo enviable que se fué, pues si acertáis a pasar por ella un día de fiesta, de esos que las campanas repican gordo, y los cohetes detonan atronadores, y el globo grande ha prendido la luz de su alma de fuego en el espacio, veréis aún, a lo vivo, aquellas movidas, ingeniosas y arcaicas danzas de espadas, en todo semejantes a las que nos describe el autor insigne de *Don Quijote*, en las opulentas bodas de Camacho, el rico... Y también sabréis, cómo, a través de los milenios, se celebran en la actualidad las fiestas romanas de la «Vinalia rustica», si tenéis la dicha de hallaros en los Caneiros, esa romería de sabor veneciano, que se desliza por las linfas dormidas del Mandeo, en barquillas engalanadas, entre los acordes «morriñosos» de las gaitas y el sonar contundente de los panderos, que son como el espíritu de la Galicia pretérita, que aun marcha río arriba, mansamente, dejando tras de sí las estelas inmarcesibles de la Belleza y de la tradición, que prendieron, con broche de oro, sobre el manto de verdor perenne de la campiña «saudosa» de Betanzos, la hidalga...

JOSÉ M.^a LUENGO[®]

(De la Real Academia Gallega.)



(Dibujo del autor.)



“... y al típico rincón de la Galera: con sus hórreos de supervivencias medioevales...”

(Fot. Blanco.)